

Un símbolo de la lucha por el arte

Escribe: JORGE MORENO CLAVIJO

La muerte del pintor nariñense Marco Tulio Salas Vega, ocurrida recientemente en Bogotá, por las circunstancias especiales que la rodearon, nos obliga a pensar, forzosamente, en el artista colombiano y su destino. Hablamos, claro está, del artista en general, no de las felices excepciones que, al fin y al cabo, vienen a confirmar la regla.

Salas Vega tuvo su cuarto de hora. Recién venido de Europa (a donde pudo viajar cuando ya el almanaque estaba bastante avanzado), sus pinturas encontraron bastante aceptación dentro de los grupos artísticos que comenzaban a formarse al lado de los un poco añejos, de sabor literario. El pintor había estado en París, Roma, Florencia, Madrid e intermedias, haciendo los estudios de post graduado que por esas épocas eran de rigor para quienes obtenían una beca. Es, decir, los consabidos pasos por la Real Academia de San Fernando, las copias en el Museo del Prado y los interminables recorridos por el Louvre.

Pero a diferencia de muchos contemporáneos suyos que hicieron el viaje, no llegó pintando manolas, ni gitanas de ojos glaucos, ni toreros en poses parecidas a los estampados por Zuloaga. Vino sí, con esa nostalgia europea, ese golpe tan difícil de resistir en los temperamentos que no son hechos para las luchas contra viento y marea.

Le dolía haberse tenido que desplazar de esas tierras con las cuatro estaciones, impregnadas de milenaria civilización donde todo estaba tan bien colocado y establecido, sin enojosas reorganizaciones.

Le costó trabajo la readaptación al medio, al trato con sus conciudadanos, labor que no pudo realizar bien del todo, pese a los treinta años que transcurrieron entre su llegada a la Estación de la Sabana con las maletas repletas de recuerdos europeos y el fulminante ataque cardíaco que lo mató. Era un inadaptado en quien se operó un curioso fenómeno: añorando todo lo que había visto en su viaje, al realizar la primera exposición en las ya desaparecidas galerías de arte de Juan Friede, no exhibió pinturas similares a las observadas en la capital francesa o en las ciudades italianas, sino que colgó sus campesinas nariñenses cargando agua, los paisas de La Virginia tocando tiple y cantando apoyados en sacos de café, paisajes del Valle del Cauca y tejedoras de sombreros en Sandoná. Todo eso lo había pintado de memoria en Europa, recordando la patria y sus gentes.

Cometió la enorme tontería de no mostrar tales retratos en París, Roma o Madrid, donde seguramente le habrían ganado amplios caminos para asegurarse una permanencia larga, pues era una voz

diferente en ese conglomerado de artistas llegados de todos los puntos de la tierra y que en ese entonces, como ahora, por lo común estaban haciendo lo que impone el momento, lo que la gran mayoría ejecuta bajo el imperativo económico. Por la época de Salas Vega, ya se entronizaba el principio de las corrientes modernas que más tarde alcanzarían su plenitud renovadora.

Que le vino a tocar a nuestro compatriota en su propio suelo. Porque la exposición a que hicimos referencia, fue la primera y la última. Ya no tuvo arrestos para imponerse al alud que cayó sobre la pintura figurativa en general y en particular contra la llamada anecdótica, que era precisamente la cultivada con vehemencia, con honradez, idoneidad y pulcritud por Salas Vega. No volvió a exponer. Pero no dejó jamás de pintar porque, como él mismo lo decía, no supo nunca hacer otra cosa, no le enseñaron nada diferente para ganarse la vida. Luchaba a su manera contra el destino, contra el hombre y su veleidad; contra el ambiente y su indiferencia. Por eso, hablar de Salas Vega es hablar de una época, de un grupo de pintores y escultores que como él se silenciaron a los ojos de sus semejantes, sin dejar el laboreo incesante, pero a la sombra.

A su estudio bogotano, donde vivía increíblemente, llegaban a veces los amigos y admiradores, llevando del brazo a un comprador norteamericano que deseaba adquirir "algo típico" como recuerdo de su paso por el trópico. De tarde en tarde lograba en esa forma una entrada económica para su magra subsistencia. Era el último de esa serie de artistas sin clientela fija que no hicieron otra cosa que pin-

tar. Salas Vega no tenía ni siquiera el recurso de la cátedra, porque los dos escasos nombramientos que pudo obtener para dictar dibujo e historia del arte a señoritas en planteles oficiales, le fueron arrebatados por colegas expertos en la "lucha de clases".

El arte comercial, tan de moda como carrera para dibujantes y pintores, altamente remunerativo, tuvo empuje cuando ya el pintor andaba en esa edad que el Código Sustantivo del Trabajo señala como poco indicada para ingresar a una empresa, pese a que los bríos que la gente sienta bullir en su interior y a las ideas que pueda cómodamente producir.

Mirando ahora detenidamente la serie de lienzos que dejó arrinconados en ese cuarto, testigo de escasez y sufrimiento, esos lienzos donde la luz brilla desde lejos como diluída en el aire húmedo de los amaneceres sabaneros, o vibrante en los atardeceres vallecaucanos, o dando expresión a los rostros de las cosedoras de sombreros, o rebotando en los carrieles y los machetes de los arrieros, se explica uno los estrechos vínculos del artista con el pueblo; esa era la fuerza colosal que le impidió pintar otra cosa que no fueran sus campesinos, sus criaturas castigadas que a veces miran con ojos asustados. Recordando seguramente la niñez aldeana, sufrida y esperanzada, admiraba la nobleza de alma de sus gentes y las llevaba a la tela con un vigor especial, con rigurosa unidad de contenido y audaz tonalidad. Atravesando una profunda crisis interior que pasó desapercibida aun para sus escasos amigos, pintó para sí mismo, fiel a su particular acento de rebeldía. De ahí la luminosa tristeza de sus cuadros.